

Una pequeña historia

Nieves Minguillón Martín

Hace algo más de un año y medio llegó a mi poder el cuaderno escolar de una tal Montserrat Sallent, que era alumna del colegio del Buen Consejo (Bon Consell). El cuaderno lleva la fecha de 1889 y durante dicho curso Montserrat estaba en la “Primera Clase”.

La persona que me entregó el cuaderno, un cubano residente en La Habana, lo hizo con el ruego que yo intentara averiguar alguna información, del tipo que fuera, acerca de Montserrat Sallent, de la que él es biznieto. Entre los pocos datos que me dio y los también pocos que he podido recoger aquí, la historia vendría siendo la siguiente:

Corría el año 1889. La joven Montserrat Sallent, de diecisiete años, fue ingresada casi por la fuerza en el internado para señoritas del Buen Consejo, en el pueblo de Les Corts. ¿El motivo? Su acomodada familia no veía con buenos ojos las relaciones que la muchacha mantenía con Pelayo Moreno, un joven atractivo e intrépido de condición social inferior a la de ella.

Montserrat había estudiado en su casa, como casi todas las chicas de buena familia de la época, y su formación había corrido a cargo de profesores particulares. Su hermano mayor decidió seguir estudios de arquitectura, siguiendo los pasos de su padre, y la madre pensó que ella sola no se bastaba para vigilar continuamente a una hija algo díscola y presa de un afán de independencia poco frecuente en las mujeres de aquella época. En resumen, temía que Montserrat acabara cediendo a los requerimientos amorosos de Pelayo y, como se decía entonces, tuviera “un desliz”. Este fue el motivo de ingresarla en un colegio tan lejano a su casa como fuera posible, ya que la familia tenía su casa-palacio en lo que hoy llamamos *Casc Antic*, muy cerca de la Catedral. Apenas hacía treinta años que se había iniciado el derribo de las murallas de la ciudad y faltaba mucho para que el Plan Cerdà cubriera de manzanas, calles y plazas la Plana de Barcelona, ocupada aún por campos de cultivo. Aquella masía convertida en colegio del pueblo de Les Corts, rodeada aún de campos y con difíciles comunicaciones, ofrecía el escenario perfecto para sacar de circulación a Montserrat y asegurarse de que, en unos años, la díscola joven asentara la cabeza y se casara con algún muchacho de su condición.

Pero no hay muros lo suficientemente altos para el que tiene la firme voluntad de saltarlos. Pelayo, tal vez remedando a Don Juan Tenorio, “las tapias escaló”, aunque no dejó, ni mucho menos, memoria amarga a la dulce Montserrat. Bien al contrario: lejos del control materno y burlando el de las pobres monjas, visitó a su amada en tantas ocasiones como pudo y el resultado fue que Montserrat hubo de abandonar el colegio Buen Consejo con la dulce curva de la maternidad redondeando su vientre.

La familia, cómo no, obligó a casarse a los dos muchachos quienes, por otra parte, no deseaban otra cosa. Pero por haber deshonrado a la familia Montserrat hubo de soportar un período de reproches, recriminaciones, malas caras, amenazas de ser desheredada... y su carácter algo rebelde reaccionó. Solicitó a su padre la parte que le correspondiera de herencia, recogió sus cosas y se marchó con su marido y sus dos hijos, el segundo de apenas unos meses de edad. Abandonaron la casa-palacio y se trasladaron a un humilde piso cercano al puerto.

Pelayo, por su parte, trabajaba para Claudio López Bru, segundo Marqués de Comillas, en la Compañía Transatlántica. Cuando Montserrat tuvo su tercer hijo la pequeña familia decidió ir a buscar fortuna a un lugar bien lejano, donde nadie les reprochara su amor y donde poder construir un hogar feliz para sus hijos. Pelayo pidió ayuda al Marqués y partieron hacia Cuba para nunca más volver.

Dos de sus hijos murieron durante la larga travesía, por lo que al puerto de La Habana llegaron únicamente con la pequeña Mina en un caluroso otoño de 1894.

Tal vez no les gustara el bullicio de la ciudad, tan populosa entonces como ahora, o quizás no consiguieron situarse entre la alta sociedad habanera -española en realidad, ya que Cuba fue una colonia hasta 1898- el caso es que descubrieron un pequeño pueblecito en la costa oeste de la isla, Arroyos de Mantua, que contaba con poco más de dos docenas de casitas y un pequeño embarcadero. Allí se trasladaron y el trabajo, la vida o la fortuna les sonrieron por fin. Consiguieron instalarse con bastante comodidad, gracias en buena parte a lo que quedaba de la herencia de Montserrat. Pelayo luchó, junto con otras personas asentadas en la zona, por impulsar la economía del pueblecito y, en pocos años, el pequeño embarcadero se convirtió en un muelle de cierta importancia al que llegaban productos del continente y desde el que salían barcos cargados de tabaco -especialmente bueno en esa zona de Cuba- y caña de azúcar.

Montserrat, por su parte, construyó una escuela para niños de la que fue profesora y directora hasta que el aumento de la población la obligó a contratar a tres o cuatro maestras más. A pesar de su notablemente mejorada situación económica continuó dando clases hasta que en 1923, cuando sólo contaba cincuenta y un años, murió como consecuencia de las lesiones producidas por una caída mientras montaba a caballo.

Mina, la hija del matrimonio, continuó la labor de su madre en la escuela durante unos años aún. Se casó y tuvo descendencia pero, por circunstancias sociales, políticas o de otro tipo, sus hijos se trasladaron a La Habana. Algunos recuerdos amontonados en cajas de cartón acompañaron todavía a los descendientes de Montserrat y Pelayo hasta que uno de sus biznietos, Luis, trató de recuperar la historia de su familia. Es lícito tratar de saber de dónde procedemos.

Luis rebuscó y encontró viejas fotografías, algunas cartas, objetos personales de poco valor y un cuaderno escolar. Lo había hecho su bisabuela, Montserrat Sallent, mientras estudiaba en el internado del Bon Consell. Llama la atención, en esta Era de los ordenadores, ver un cuaderno tan completo, pulcro, cuidado y limpio hecho completamente a mano, con plumillas y tinteros... en fin, con esas cosas que se usaban en el siglo XIX.

Montserrat no vivió la revolución cubana, ni la guerra civil española. Fue simplemente una emigrante que buscaba una vida más feliz que la que podría haber encontrado en su país, en su ciudad, entre su familia. Pero es llamativo el hecho de que llevara consigo a su exilio voluntario este cuaderno escolar, que lo conservara, que lo pasara a su hija Mina -y ésta a sus hijos- con el expreso deseo de que fuera conservado. Es un pedacito de la historia de una persona cualquiera que vivió y murió pero, en mi opinión, son las pequeñas historias las que configuran la real, la genuina Historia con mayúsculas.

Este cuaderno ha recorrido casi veinte mil kilómetros y más de un siglo para volver al lugar en el que fue confeccionado. Sólo por eso merece la pena, pienso, echarle una ojeada.

Ella nunca supo que el internado de monjas en el que pasó una parte de su juventud se convertiría en cárcel de mujeres y, más tarde, en unos grandes almacenes. Y seguro que no pudo imaginar que unos desconocidos -nosotros- nos admiraríamos al contemplar los escudos, mapas, etc. que ella dibujó en su cuaderno escolar de geografía bajo la atenta mirada de unas monjitas que dirigían un internado para chicas.
